

Tercer Puesto

**“Tierra, el planeta que implora
por auxilio”**

Bianca Nayeli Nahir Franco Viera

Capiatá, Central

Centro Regional de Educación Saturio Ríos

San Lorenzo, Central

Tierra, el planeta que implora por auxilio

Imaginemos ocho casas, sí, ocho casas, de distintos tamaños y estilos, arrinconadas en una calle sin salida. En lo alto de la calle hay dos imponentes satélites llamados Sol y Luna, que, acompañados de un ejército de estrellas, velan por la seguridad de las casas como brillantes centinelas. Sin embargo, de entre todas ellas, solo la tercera casa puede albergar vida. Esta es hermosa, casi utópica, y aunque al lado de sus vecinas no es la más grande, es tan inmensa que puede albergar billones y billones de seres vivos... La casa, generosa con quienes la habitan, les obsequia los componentes necesarios para su supervivencia. Entre ellos: oxígeno, agua, tierra fértil e incontables especies animales y vegetales que contribuyen a su desarrollo.

Ahora, trasladémonos a un panorama distinto. Imaginemos que la casa, pese a parecer de ensueño, no es perfecta. Por dentro sufre de una peligrosa invasión de termitas que poco a poco se propaga; las termitas, igual que una bestia carroñera, buscan engullirlo todo a su paso, carcomer la casa hasta reducirla a ruinas, hasta convertirla en esbozos de lo que alguna vez fue.

Adaptando esta metáfora a la realidad, decimos que las ocho casas son los principales planetas del Sistema Solar, la tercera casa es la Tierra, los habitantes de la misma son los seres vivos y las termitas que la roen, es la raza humana. Y es que nosotros somos, indefectiblemente, los destructores de nuestro propio hogar, los devoradores que la conducen a su destrucción inminente.

A diario oímos hablar acerca de la contaminación ambiental. Es un problema que llevamos auestas, algo que comenzó siendo una brisa hasta volverse un huracán, una grieta que, aunque intentamos tapar, cada vez va creciendo más. Está allí, latente, y lo vemos cada día. En los desalentadores reportajes de los medios de comunicación. En los murales de concientización que se alzan como un grito al vacío. En los movimientos de protesta cada 5 de junio, Día Mundial del Medio Ambiente. En los pronósticos científicos, que aseguran nuestro futuro decadente. En más, más y más señales...

Sin embargo, ¿alguna vez nos hemos detenido a reflexionar? ¿Qué tan lejos llega nuestra indiferencia? Nos convertimos en una sociedad que vive reacia a enfrentar su verdad, un tira y afloje constate que no lleva a ninguna parte.

La deforestación, el deterioro de la capa de ozono, el calentamiento global, el deshielo de los polos, la lluvia ácida, la concentración de gases de efecto invernadero, la pérdida de especies animales, la contaminación de los suelos, el agua, el aire... Estas son algunas de las consecuencias que se van extendiendo en cadena a lo largo de los años, y es que no existe rincón del planeta que no haya sido trastocado por la inconsciencia humana.

Se estima que, en el futuro, algunas de las materias primas empezarán a escasear o desaparecerán por completo, se generará un aumento vertiginoso de la población y esto supondrá, a su vez, un considerable incremento de la inseguridad alimentaria. La frecuencia e intensidad de los eventos climáticos será extrema, provocando golpes de calor, lluvias torrenciales, periodos de sequía en muchas regiones y extinción masiva.

La deficiente y casi nula educación ambiental en el Paraguay no nos ha enseñado cuál es el verdadero impacto de la contaminación ambiental en nuestras vidas, ni qué acciones podríamos emprender para combatirla. Son otros medios, como el Internet o artículos impresos, los que nos informan a profundidad acerca de ello.

Nuestras autoridades deberían velar por una correcta y, a la vez, entretenida educación ambiental. En lugar de transcribir interminables conceptos sobre esta materia, también deberíamos invertir tiempo, obligatoriamente, en el trabajo de campo. La teoría es importante, pero ¿por qué no ponemos en práctica lo aprendido? Salir al patio, plantar árboles, recolectar basura, clasificarla, elaborar basureros reciclables e instalarlos dentro de las instituciones... Esto no solo fomenta el trabajo en equipo, sino que concientiza a las generaciones venideras. Son pequeñas acciones que, aunque las subestimemos, pueden marcar la diferencia.

Por otro lado, la educación ambiental no debería estar presente únicamente en las escuelas, sino en todos los sectores. Es importante la existencia de departamentos especializados en educación ambiental dentro de entidades públicas y privadas. No

solo se debe educar a niños y jóvenes, ¿qué pasa con los adultos? La educación ambiental no solo afecta a un determinado grupo de personas, sino a toda la humanidad, ya que atenta contra la biodiversidad y la salud. El conocimiento de los desafíos ambientales es algo que nos compete a todos.

El planeta agoniza. Es momento de arrancarnos la venda de los ojos, dejar de negar lo irrefutable, sublevarnos en pos de un mundo mejor realizando acciones que promuevan la supervivencia de los seres vivos.

Imaginemos una Tierra sin deforestación. Sin océanos plagados de plástico. Con un ambiente libre de contaminantes. Un lugar donde casi podamos palpar la posibilidad de vivir en paz... Parece una falacia; pero es un objetivo al que debemos aspirar si queremos que las futuras generaciones puedan disfrutar de nuestro hogar y las riquezas que este nos ofrece.

Vivimos en un planeta cuya voz implora por auxilio, ¿cuándo nos detendremos a escucharla?